Consolidación democrática y sociedad civil

José Fernández Santillán

Seminario México es un espacio de convergencia para disfrutar del gusto por la ciencia política y la satisfacción de compartir sus aplicaciones con lectores interesados en ella. Desde hace más de un año, nos venimos reuniendo cada mes, profesores que impartimos esta materia en distintas instituciones de educación superior, algunos incluso directores de la carrera, para intercambiar ideas y planteamientos sobre el acontecer político a nivel nacional, regional y global. Ninguno pretende ostentar la representación de la institución a la que pertenece, pero ese diálogo entre profesores de la unam, la Uam, el Tecnológico de México, El Colegio de México, el cide y la uia ha permitido un acercamiento interinstitucional que además de trascender la tradicional división de la enseñanza superior en pública y privada, evita un insostenible aislacionismo entre académicos que tienen en común, más que doctorados y maestrías, y casi todos ser miembros del Sistema Nacional de Investigadores, el deseo de intercambiar puntos de vista y nuevos desarrollos sobre el interesante y apasionante mundo de la política. Para esos efectos convenimos desde el principio en el siguiente formato: presentación de una ponencia sobre un tema de coyuntura política o actualidad, a cargo de un miembro del Seminario México, respuesta de otro por medio de una réplica y comentarios individuales del resto del grupo. De esta manera aseguramos la participación de todos, distribuyendo las ponencias y sus respectivas réplicas de manera rotativa en torno al objetivo central de hacer ciencia política en forma colegiada y colaborativa.

Hoy, con esta publicación, Seminario México inicia un ciclo con un nuevo arranque, en el que queremos dejar asentado nuestro profundo agradecimiento a la revista Este País y de manera particular a Federico Reyes Heroles y José Antonio González de León, por habernos brindado su hospitalidad editorial y con ello, la comunicación con sus lectores.

Emilio Rabasa Gamboa (Tec-ccm), Carlos Sirvent Gutiérrez (unam), Edgar Jiménez Cabrera (Tec-ccm), Víctor Alarcón (uam- Ixtapalapa), José Fernández Santillán (Tec-ccm), Francisco Gil Villegas (Colmex), Miguel Ángel Valverde (Tec-ccm), Jorge Cadena Roa (unam), Luis Carlos Ugalde (cide), Gustavo López Montiel (Tec-ccm), Juan Luis Hernández (uia) y

Eduardo Bueno (Tec-ccm).

En un artículo reciente titulado "¿Qué hacer?" (Reforma, jueves 23 de enero), Lorenzo Meyer aborda las dificultades que enfrenta la consolidación democrática en países con un pasado autoritario. Para llevar a cabo este análisis se apoya en Larry Diamond quien realizó un estudio de los procesos de democratización reciente en Europa, América, Asia y África. El problema es que "una vez logrado el tránsito a la democracia, es necesario que la clase política de la sociedad en cuestión ponga el acento en sostener y ampliar el apoyo al nuevo tipo de régimen tanto entre las masas como entre las elites [...] pues de lo contrario se corre el riesgo de que pronto se desarrolle alguna patología política" (Developing democracy: towards consolidation, The Johns Hopkins University Press, 1999).

Meyer también recurre al auxilio de Juan Linz y Alfred Stepan en cuyo libro, Problems of democratic transition and consolidation. Southern Europe, South America and post communist Europe (The Johns Hopkins University Press, 1996), se resaltan las dificultades que enfrenta la consolidación democrática .

Lo que aquí deseo resaltar es la vinculación, que Meyer destaca, entre la consolidación democrática y el papel de la sociedad civil: "En México, y siempre siguiendo a Linz y Stepan, la consolidación democrática requiere primero llevar a la sociedad civil -ese amplio campo que se encuentra entre el individuo y los partidos políticos y el gobierno- a un nuevo y nunca antes alcanzado nivel de actividad."
El concepto "sociedad civil" recuperó interés durante la lucha de liberación en los países de Europa del Este en contra de las dictaduras de corte estalinista. Ante la ausencia de un sistema de partidos políticos y de organizaciones sociales reconocidas, la gente, desde la clandestinidad, comenzó a agruparse y a establecer redes de comunicación y apoyo mutuo. Para definir esta forma de acción colectiva fuera del control estatal se uso literalmente el término anglosajón civil society. Esa fue la fuerza que derrocó al autoritarismo soviético.

Como dice Axel Honneth, sólo después de que pasó lo más álgido de la contienda se pudo calibrar la densidad histórica y las dimensiones laberínticas que implica el término sociedad civil.

Penetrar en el conocimiento de la sociedad civil puede movernos, entre otras cosas, a tener una visión más crítica respecto de algunas teorías de la

transición. El problema, es que esas teorías atribuyen a las elites políticas el protagonismo de las actividades propias de la transición desde un régimen autoritario a uno democrático (Alberto Olvera, "Organizaciones de la sociedad civil: breve marco teórico", Documentos de discusión sobre el tercer sector, núm. 8, El Colegio Mexiquense). El peligro consiste en perder de vista la base civil sobre la que descansa todo verdadero proceso de democratización y, en contraste, concentrar el interés de los cambios políticos en la parte alta de la pirámide. Esta manera de proceder parece seguir la pauta marcada por la vieja mentalidad autoritaria de fijar la atención en la cúpula.

Convengamos en que, por regla general, los sistemas autoritarios concentraron el poder y el dinero en la cima creando, como lo llamó Danilo Zolo, un verdadero y propio "cuello de botella evolutivo". La referida ampliación de los apoyos que debe llevar a cabo el nuevo régimen -como lo propone Diamond- entre las masas y las elites debe realizarse para desmantelar las antiguas formas de acaparar el poder político y económico.

No obstante, lo que hasta ahora hemos tenido es una actividad política localizada, fundamentalmente, en las dirigencias de los partidos y en los funcionarios de alto nivel de la administración pública. Con ello corremos el riesgo de caer en una lógica oligárquica.

El pluralismo que hoy vivimos no ha servido tanto para permitir la construcción de convergencias: lo que tenemos ante nosotros es un espectáculo cargado de reyertas insulsas entre los miembros de la clase política y los amagues violentos de una sociedad (in)civil.

El factor que puede ayudar a salir de este marasmo es la sociedad civil que, como ha sido definida en el libro de Jean Cohen y Andrew Arato, Civil society and political theory (Cambridge, Massachusetts, mit Press, 1997) es "la esfera de interacción social situada entre la economía y el Estado, compuesta sobre todo por la esfera íntima (especialmente la familia), la esfera de las asociaciones (en particular las asociaciones voluntarias), los movimientos sociales y las formas de comunicación pública."
Si el elemento distintivo del Estado es el poder y el del mercado es el dinero, el factor característico de la sociedad civil, como lo destacó Antonio Gramsci, son las formas de transmisión de las creencias.

Jürgen Habermas retomó las ideas de Gramsci. En lo que este heredero de la Escuela de Frankfurt puso énfasis fue en la necesidad de que hubiese un

reequilibrio entre los tres elementos mencionados porque a veces ha sucedido que desde el Estado se ha querido determinar a las otras dos esferas hasta terminar asfixiándolas como sucedió con el totalitarismo. En otros casos ha sucedido que se ha dejado al mercado invadir a los otros dos elementos como fue la pretensión del neoliberalismo.

Hoy el propósito es reordenar la relación entre el Estado, la sociedad y la economía para no caer en los excesos que hemos apuntado. Este reacomodo es uno de los factores primordiales de un proyecto de democratización ampliado que no se centre tan sólo en la esfera política.

A la luz de estas consideraciones podemos concluir que en México quedó atrás la época en la que el Estado controló corporativamente a la sociedad. De igual manera debe ser superada la etapa en la que la sociedad fue dejada a merced de los dictados del mercado. La tendencia de colonizar desde el poder a la sociedad (modelo intervencionista) y la inclinación de invadir a la sociedad desde la economía (modelo neoliberal) deben ceder paso a la creación de un orden democrático sustentado en una base civil activa capaz de forzar las transformaciones institucionales que reviertan la concentración de las decisiones y la riqueza en unas cuantas manos. Es impostergable la mutación del modelo político-constitucional aún vigente y, a la par, es inaplazable modificar el modelo económico de cuño monetarista.

Acaso una propuesta de este tipo podría ser considerada utópica dado el peso específico que tienen el poder político y el poder económico. Así y todo, Vaclav Havel subrayó que "el poder de los sin poder", de aquellos que no tenían ni armas ni fortuna, fue el de la convicción, el de la fuerza moral, para hacer frente a la arbitrariedad y vencerla. Cuando los hombres se reúnen en torno a una causa común considerada legítima puede ser doblegada la autocracia más férrea. Esa fue la aportación de Gramsci a la ciencia política moderna: señalar que las grandes transformaciones comienzan en la conciencia de los individuos, en la conquista de la hegemonía cultural y de allí se pasa a la asunción del gobierno y la reorientación de la producción y distribución de los bienes materiales en sentido social.

Las convicciones se traducen en opiniones. Por eso Rousseau decía que la democracia es el gobierno de la opinión pública. Así lo entendió Habermas quien descubre en el ascenso de la opinión pública el factor diferenciador entre el Estado y la sociedad civil. Dicho de otro modo: la opinión pública es la voz de la sociedad civil que trata de hacerse oír en la esfera política. El

riesgo en el que caen los gobernantes cuando no hacen caso de la opinión pública es la pérdida de respaldo social. En este distanciamiento podría comenzar la patología política que daría al traste con la consolidación democrática. Esta se vería sustituida por la demagogia bonapartista o por la anarquía. Extremos indeseables opuestos a la civilidad democrática.

Réplica

Víctor Alarcón Olguín. uam-Iztapalapa. La carencia de organizaciones civiles que puedan intervenir como un conglomerado institucionalizado en la protección y el ejercicio de los derechos políticos es una conclusión bastante clara de los tramos que todavía nos restan por transitar en el proceso del aprendizaje democrático. En un país donde los partidos se han quedado cortos para reflejar una representación coherente de intereses y para mantener una rendición de cuentas sobre los actos de gobierno, resulta preocupante constatar la frecuencia con que grupos y segmentos de la sociedad deben acudir a la presión y la violencia para llamar la atención de autoridades que terminan evadiendo su responsabilidad, suponiendo que de manera "natural" u "económica" los problemas no requieren esfuerzos significativos de inversión que afecten la lógica de los costos y los beneficios del sistema. Mantener marginada a la sociedad paradójicamente elimina a quienes deben ser los usuarios más importantes de dicho "mercado político" y hace que los bienes públicos democráticos sigan siendo inaccesibles para la inmensa mayoría de la población. Sin embargo, cabe reconocer que las virtudes de una convivencia civilizada también deben obligar a generar expectativas y responsabilidades de tolerancia y respeto mutuo dentro y desde la propia ciudadanía para prevenirla de los excesos y falsas promesas de los neopopulismos y demagogos redencionistas que usualmente proliferan en los tiempos de crisis

Comentarios

Dr. Eduardo Bueno. Tec-ccm. La idea que se propone de un nuevo equilibrio entre sociedad civil, Estado y mercado y la necesidad que aparece siempre de orientar la reflexión teórica hacia el llamado equilibrio de los subsistemas, estructuras u órdenes sociales descansa a veces en la suposición que en el modelo de análisis político lo que no falla es la relación y que el problema es el actor.

¿Porqué debe ser válida esta pretensión en países y regiones donde el Estado-nación o la región-sociedades locales no acaban de desarrollarse de forma incluyente? Desde un punto de vista teórico hay que observar las formas de expresión, organización y movilización de la sociedad civil y no tratar solamente de "ajustar" la sociedad civil a nuestras preocupaciones sobre el

funcionamiento de la democracia liberal clásica. En ese sentido la sociedad civil sigue siendo desconocida porque sigue en formación y reelaboración constante.

Otro tanto ocurre cuando creamos conceptos como el de "informalidad política" y trasladamos mecánicamente instrumentos de análisis de la economía informal al análisis de las formas de participación y movilización de los sectores populares excluidos de la modernización. La experiencia del pt brasileño y la elección de Lula es la negación de esos intentos de traslado mecánico.

Emilio Rabasa Gamboa. Tec-ccm. Celebro que José Fernández Santillán haya escogido el tema de la sociedad civil para su ponencia. Plantea así, el reto de tratar una materia que sigue siendo gelatinosa por su vaguedad conceptual y falta de mejor apreciación empírica. En mucho seguimos definiendo a la sociedad civil de manera negativa: lo que no es el Estado, ni el mercado, pero ¿qué es? Se le siente siempre latente, y de pronto emergente y presente en el escenario político como en los sismos de 1985, la reacción social a la rebelión zapatista en 1994 y los diálogos de San Andrés en 1995-96, las protestas contra la globalización en diversas partes del mundo y desde luego en el proceso electoral, las campañas políticas y sobre todo las elecciones. Sí, pero ¿quiénes la integran? José Fernández, citando a Habermas nos informa de una cierta tendencia hacia un nuevo equilibrio entre el Estado (poder), el mercado (dinero) y la sociedad civil (cultura). No me cabe duda de la retracción estatal, pero no me queda tan claro de muchas batallas, como la reciente del pintor Toledo en Oaxaca, que la sociedad civil haya ganado frente al mercado. Confío en que el proceso de maduración de la sociedad civil, se traduzca en un definitivo fortalecimiento de nuestra todavía frágil democracia mexicana.

Jorge Cadena Roa. unam. La sociedad civil no es monolítica y carece de orientación única porque comprende un conjunto muy heterogéneo e irreducible de organizaciones sociales con intereses diversos, algunas de ellas con intenciones de cambio social, otras de resistencia a ese cambio social, unas más dedicadas a actividades de solidaridad y filantropía, otras a la defensa y promoción de intereses gremiales, o a la recreación cultural, etcétera. Algunas de esas organizaciones tienen vocación democrática y promueven prácticas civiles, pero otras conservan reflejos autoritarios y prácticas inciviles, irrespetuosas de los derechos de los demás. Cualquier caracterización de la sociedad civil como portadora actual o potencial de un sentido único, sea democrático, autoritario o cualquier otro, es una

simplificación que no se corresponde con la pluralidad y complejidad de las sociedades contemporáneas.

Miguel Ángel Valverde Loya. Tec-ccm. Habría que preguntarnos cómo es que se concretaría la participación de la "sociedad civil", en los procesos democráticos modernos (¿mediante la movilización electoral, o funcionando como grupo de presión?). Por otro lado, si las agrupaciones surgen "espontáneamente" en torno a una causa, pero su esfera no es la política, entonces podrían convertirse en irrelevantes para la política. O bien, si perduran y se convierten en actores importantes, su relación con instancias estatales las "politiza", al desarrollar intereses y objetivos políticos, abandonando el campo de lo meramente "social".

Luis Carlos Ugalde. cide. Aunque existe coincidencia en que la emergencia de una sociedad civil vigorosa es una condición "facilitadora" para la consolidación de la democracia, es preciso indagar si también constituye una condición "necesaria". Con frecuencia, se define a la sociedad civil como una característica orgánica definida por el nivel de "asociacionismo" de los miembros de una comunidad. Pero antes de ello quizá sea necesario contar con ciudadanos que respeten la ley y observen valores liberales, aun y cuando su nivel de asociacionismo sea mínimo. ¿Se puede tener una democracia funcional y estable con una sociedad compuesta de ciudadanos desagregados, individualizados pero en la cual cada individuo sea un ciudadano? O puesto de otra manera, hay sociedades con alto nivel de asociacionismo pero cuyos integrantes no se comportan como ciudadanos. Por ejemplo, en México se observan movimientos sociales pero en muchos de ellos los valores liberales y de respeto a la ley están ausentes.

Creo que la sociedad civil es una condición facilitadora para la consolidación democrática, siempre y cuando su asociacionismo esté definido por valores liberales. Creo además que la ciudadanía y los valores liberales son una condición más importante para la consolidación democrática, aun y cuando los ciudadanos se asocien poco entre ellos.

Gustavo López Montiel. Tec-ccm. El abuso que del concepto de sociedad civil se ha hecho en las décadas recientes, ha llevado a una desafortunada explicación de diversos procesos en el marco de la transformación política que vive el país . Un concepto definido a partir de la negación del Estado, el mercado y la sociedad no participante, sirve para ubicar en él casi cualquier cosa, incluso a aquellos que al asumirse como parte de la sociedad civil,

actúan en contra de ella. En el discurso político sirve, en el análisis político no.